

Una confesion muy superficial, una contricion muy dudosa, una penitencia muy ligera, seguida de una vida toda mundana, alguna vez mas deliciosa, siempre muy indevota; he aquí á qué se reduce la pretendida conversion de la mayor parte de los pecadores de nuestros días. ¿Y despues de esto se muere tranquilo?

Ea, Señor, no permitais que este gran modelo de conversion, no sirva mas que para hacerme mas culpable. Concededme la gracia de que no solo deteste verdaderamente mis pecados, sino tambien la de que mi penitencia sea una prueba de mi sincera conversion, y una señal del perdon de mis pecados.

JACULATORIAS.—Renovad, Señor, en mi aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, que son las señales de una verdadera penitencia. (*Psalm. 50.*)

Vuestra indignacion, Señor, no seria posible que se ensangrentase contra un corazon contrito y humillado. Dadme, pues, esta contricion verdadera, y este espíritu de penitencia. (*Ps. 50.*)

PROPOSITOS.

1 No os contenteis con admirar en la Magdalena un modelo perfecto de una verdadera conversion; imitad un tan grande ejemplo. No basta haber detestado verdaderamente todos vuestros pecados, haber hecho una buena confesion, haber aun reformado vuestras costumbres y mudado de vida; es preciso añadir la mortificacion y la penitencia, si quereis perseverar. *No dejéis de temer, aun por el pecado que está perdonado*, dice el Espíritu Santo. Aun cuando estuviereis tan seguro como la Magdalena, de que Dios os ha perdonado vuestros pecados, no dejéis de temer con un temor acompañado de confianza en Dios, al mismo tiempo que de una santa severidad en vuestras costumbres.

2 No paseis dia alguno de vuestra vida sin hacer actos de contricion por vuestros pecados pasados, y sin practicar tambien algun ejercicio de penitencia. Estableced mortificaciones para todos los años, algunas para todos los meses, otras para todas las semanas, y usad alguna todos los dias.

VIERNES DE PASION.

LA Iglesia en el oficio de la misa de este dia nos anuncia ya de un modo mas espresivo la pasion y la muerte del Salvador, para cuya celebracion quiere que nos preparemos durante los ocho dias que la preceden.

El introito de la misa está tomado del salmo 30, que es una oración humilde, afectuosa, llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y cuando se veia en el mas inminente peligro de su vida. Viéndose David en medio de sus enemigos, sin esperanza de evitar la muerte que Saul habia decidido darle; abandonado de sus deudos y de sus amigos, que no se atrevian á declararse por él; habiéndole proscrito Saul, ya sus enemigos no le guardaron mas consideraciones, y los grandes entraron en la pasion del principe. ¿Qué figura mas marcada, dicen los Padres, de Jesucristo en su pasion?

Compadeceos, Señor, de la estrema afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de entre las manos de mis enemigos, que encarnizadamente me persiguen con el desig- nio de perderme; no pase yo por el rubor de verme abandonado de vos, despues de haber invocado vuestro nombre. Yo he esperado siempre en vos, Señor, no tenga jamás la confusion de haber esperado en vano, antes bien ármeos en mi favor vuestra justicia. Se ha observado ya en otra parte, que habiéndose aplicado Jesucristo el sexto versículo de este salmo, nos ha significado con esto bastante que las persecuciones de David eran la figura de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente al salmo: está formada de las palabras del profeta Jeremias, quien representando tambien la figura de Jesucristo, pide ser libertado de sus enemigos. Predice que los que abandonan á Dios serán confundidos, y que los que se retiran de él serán escritos en la arena, para ser inmediatamente borrados.

El profeta Jeremias recibió orden de Dios para que anunciase al pueblo judío, al rey, á los grandes de la corte, y á los sacerdotes, las desgracias que dentro de poco tiempo debian afligir á la ciudad de Jerusalem y á toda la nacion; dándoles así el Señor este aviso por medio de su Profeta, para moverles á que aplacasen por la penitencia á la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres. Mofáronse

empero de la profecía y del Profeta. Después de haber amenazado al pueblo de su ruina próxima y de su cautividad, y siempre inútilmente, atacó á los grandes del país, á los mismos sacerdotes, á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivían entregados á una corrupción tan general, y de tal modo endurecidos en la impiedad, en la idolatría, en la avaricia, en la dissipación, y en todo género de disoluciones, que de nadie fué bien recibida la verdad, é irritándose todos contra el que se la anunciaba, y que trataba de inclinarlos á la penitencia para apartar los males de que estaban amenazados, dieron en perseguirle de la manera mas cruel, y desde entonces formaron el designio de perderle. No se desanimó por esto el Profeta. Viendo que no se le quería escuchar, dictó á Baruch, su principal discípulo, todo lo que había predicho contra Jerusalem y contra toda la nación. Cuando se le manifestó la profecía al rey Joaquín, este príncipe, incomodado por las desgracias que se le anunciaban, desgarró el escrito con un cortaplumas, y lo arrojó al fuego; pero Dios mandó al Profeta que volviese á escribir las mismas amenazas en otro volumen, y que añadiese aun otras muchas. Esta santa libertad á que le animaba el espíritu de Dios, le espuso, no obstante, á las persecuciones de los judíos. Fué puesto en prision dos ó tres veces; y no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías que, á pesar de su prision, echase continuamente en cara á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desgracias que les amenazaban, le arrojaron en una mazmorra llena de lodo. Hubiera perecido en ella, si un etiope llamado Abdemelech, á quien su mérito había dado un lugar distinguido cerca del rey, no hubiese obtenido de aquel príncipe el permiso para sacarle de ella. Los de la ciudad de Anathoth, pueblo de su nacimiento, fueron, al parecer, los mas empeñados en perseguirle. Sus conciudadanos le amenazaron que le quitarían la vida si persistía en profetizar en nombre del Señor, mas no por eso perdió el ánimo, para anunciarles los terribles efectos de la cólera divina, de modo que fué como un milagro el que saliese de sus manos.

Habiendo ido á Jerusalem continuó sus funestas predicciones con el mismo zelo que antes, diciendo á voz en grito, que el templo no garantizaría á la ciudad de la indignación del Señor, que la trataría como había tratado á Silo; añadiendo que la reduciría á ser la execración de todos los pueblos de la tierra. Habiéndole oído los sacerdotes, el pueblo, y los profetas, que eran entonces lo que fueron después de la vuelta de la cautividad los escribas y los doctores, se arrojaron sobre él, clamando que

era preciso quitarle la vida en el instante, para impedir así que profetizase mas en nombre del Señor. Asieron luego de él, le llevaron á la presencia del rey, y pidieron su muerte, alegando que la había merecido por haber profetizado contra la ciudad. Reuniéronse para deliberar; y habiendo reconocido los senadores que todo su crimen era, no el haber atraído desgracias á la ciudad, sino haber predicho de parte del Señor las que la amenazaban, y haber tratado de inclinar el pueblo á la penitencia para evitarlas, le libraron. Jeremías fué despachado absuelto, á pesar del furor del pueblo y del odio de los sacerdotes.

Léjos de amilanarse por tan injustas persecuciones, y á la vista de unos peligros tan frecuentes, se enardeció mas su zelo, y sus predicciones fueron menos vagas y menos oscuras. Predijo que la cólera de Dios iba á estallar inmediatamente sobre Jerusalem, y que el instrumento de que Dios se serviría para castigarla sería Nabucodonosor, rey de Babilonia. Estas últimas amenazas ya tan precisas, no fueron todavía poderosas para ablandar aquellos corazones endurecidos. Aun podía haber sido tiempo de apaciguar al cielo irritado, si aquel pueblo infeliz hubiese implorado la clemencia de Dios, y recurrido á la penitencia. El suceso verificó muy pronto todas aquellas funestas predicciones. Nabucodonosor hizo adelantar su ejército hácia el Jordan para entrar en Judea.

Había al otro lado de este rio ciertos solitarios, llamados *Recabitas* del nombre de Recab, uno de los descendientes de Jethro, suegro de Moisés. Eran gentes dedicadas á una vida muy austera, que no poseían nada, y que en todo tiempo moraban bajo de tiendas. Su abstinencia era asombrosa. Pasaban su vida cantando alabanzas á Dios, acompañando siempre su canto con la sinfonia. Estando ya Nabucodonosor á punto de entrar en su país con su ejército, se marcharon de allí para ponerse á cubierto de los insultos de los soldados paganos, y habiendo pasado el Jordan, vinieron á refugiarse á Jerusalem como á un asilo. Apenas estuvieron en la ciudad, queriendo Dios confundir á los judíos rebeldes á su voluntad y á su ley, con el ejemplo de unas gentes tan exactas y tan religiosamente sometidas al instituto que su padre les había prescrito, dió orden á Jeremías para que los tentase y probase su fidelidad, presentándoles vino para que bebiesen. Llevólos el Profeta á todos al templo, y habiéndoles hecho entrar en la cámara del tesoro, hizo que pusiesen delante de ellos tazas llenas de vino, y les dijo que bebiesen. Escusáronse todos diciendo que habiéndoles su padre Jonadab, hijo de Recab, mandado que jamás bebiesen vino, ni ellos, ni sus hijos, ni toda su

posteridad, nada sería capaz de hacerles violar este precepto. Sirviéndose entonces Jeremías de este ejemplo de los Recabitas, hizo ver á los habitantes de Jerusalem que ellos eran inescusables violando tan insolentemente los mandamientos de su Dios, y con cuanto derecho los Recabitas se levantarían contra ellos, y les acusarían en el gran día de las divinas venganzas. Así también debía servirse Jesucristo algún día, con el mismo fin, del ejemplo de los Ninivitas. Todas estas sabias amonestaciones del Profeta, no produjeron otro efecto que el irritar mas aquel pueblo endurecido. Aproximándose, pues, Nabucodonosor, fué encerrado Jeremías en una prision, para impedirle que fuese á predicar al templo como lo tenia de costumbre. En fin, despues de la toma y del saqueo de Jerusalem, y cumplidos ya todos los males que el Profeta les habia anunciado, lejos de reconocerse aquel desventurado pueblo, y convertirse de sus extravíos, la tomó con el santo Profeta, que no cesaba de echarle en cara sus disoluciones y su idolatria, por manera que no pudiendo ya sufrir sus justas y saludables reprensiones, le apedrearon en Taphné. Durante el mayor fuego de las persecuciones fué cuando Jeremías hizo á Dios la admirable oracion que constituye el asunto de la Epístola de la misa de este día. Es demasíadamente visible la analogía que se encuentra entre las persecuciones de Jeremías y las de Jesucristo; la causa del odio y los motivos de los perseguidores son semejantes; por esto se ha mirado siempre este Profeta en todo lo que ha sufrido de parte de los judíos por la justicia, como la figura de Jesucristo en su pasion.

El Evangelio del día contiene el decreto de muerte, por decirlo así, dado en la asamblea de los judíos contra el Salvador del mundo.

Era demasiado brillante el milagro de la resurreccion de Lázaro, para no haber hecho grande impresion en los ánimos. Un gran número de los que habian sido testigos de él, habian creído en Jesucristo, al paso que otros en lugar de rendirse á un milagro tan visible, se endurecieron mas en su incredulidad. Del mismo modo se ven aun todos los días gentes que se endurecen en el crimen y en el error, escuchando ó leyendo lo que convierte á aquellos que tienen un corazón recto, y cuyo entendimiento no está fascinado por alguna pasion dominante. Los judíos obstinados habiendo venido de Bethania á Jerusalem, contaron á los fariseos lo que Jesus acababa de hacer, y les confesaron que este milagro habia hecho una grande impresion en los ánimos, y engrosaba cada día mas el número de sus discípulos. Este maravilloso acontecimiento alarmó mucho la envidia y el odio de los ene-

migos del Salvador; creyeron que era indispensable juntarse, sin perder tiempo, para deliberar. Verificóse, en efecto, la reunion, compuesta de los pontífices que presidian en ella, de los fariseos, y de los escribas. No se pensó mas que en buscar algun camino para oprimir al Salvador, como si el bien que hacia por todas partes hubiese sido un mal público al cual debiera ponerse un remedio pronto. Véase aquí la relacion que hay entre la Epístola y el Evangelio del día. ¿Qué hacemos, decian, en qué pensamos? Este hombre hace muchos milagros, los cuales le dan un crédito extraordinario, y hacen creer al pueblo que es el Mesias. Si le dejamos obrar, todo el mundo creará en él, y muy pronto va á ser reconocido por toda la nacion como rey de los judíos, y el Salvador prometido á nuestros padres, y los romanos, que no pueden reconocer otra dominacion que la suya, vendrán á atacarnos como rebeldes, y destruirán nuestra ciudad, nuestro templo, y nuestra nacion. ¡Qué mal se raciocina, ó Dios mio, cuando es la pasion ó el espíritu de partido el que raciocina! Mientras que los fariseos han creído que podian desacreditar los milagros del Salvador, le han atacado como á un enemigo del verdadero Dios. Hoy que se ven forzados á reconocer su poder, tratan de perseguirle como á un enemigo del estado. De esta manera el espíritu del error lo hace servir todo á sus designios para perder á un adversario temible. Pero ¿en qué ha venido á parar toda esta prevision de la sinagoga? En el mal mismo que ella creia evitar. Parece que los judíos tienen miedo de que el pueblo elija á Jesucristo por rey, y que los romanos en tal caso traten á su nacion como rebelde y la destruyan; pero el crimen á que los conduce este temor imaginario, atrae muy pronto sobre toda la nacion la desgracia que aparentaban querer evitar.

Despues que se hubo discutido el asunto, Caifás, que presidia la asamblea en calidad de gran sacerdote, cuyas principales funciones ejercia en aquel año, tomando la palabra: Vosotros no lo entendeis, les dijo, no advertis que es interés nuestro que muera un hombre solo por todos los demás, y que á menos que todos queramos perecer, es indispensable sacrificar un hombre para salvar á toda la nacion. El Evangelio añade que no habló así de su cabeza, sino que como era gran sacerdote, dijo guiado de un espíritu profético que Jesucristo debía morir por la salud de la nacion. ¡Qué admirable es Dios en los medios que emplea para ejecutar sus designios! la pasion, el error mismo, sirven aquí, segun sus miras, de órgano á la verdad. Caifás animado del odio contra Jesucristo concluye que se le debe quitar la vida para salvar al pueblo, y sus palabras tomadas en el sentido que él las da,

son absolutamente falsas, puesto que á la muerte de Jesucristo debe seguirse la destruccion de la nacion judaica. Pero Caifás es el soberano pontífice, y sus palabras entendidas en el sentido del Espíritu Santo, que habla en esta ocasion por su boca, son el decreto de muerte fulminado contra Jesucristo por su Padre para la salud de los judíos y de los gentiles. Quedó, pues, resuelta la muerte de Jesucristo en esta asamblea: ya no se pensó mas en deliberar sobre esto, sino solamente de tomar los medios seguros de ejecutar la resolucion que habian tomado.

Por secreta que fuese la deliberacion, nó lo era ciertamente para aquel á quien nada se puede ocultar. Pero como aun nó habia llegado el día señalado por su Padre, nó quiso el Salvador presentarse ya en los parajes públicos, y se retiró al país vecino del desierto á una ciudad llamada Ephrém, y allí se mantuvo con sus discípulos: ¡cosa estraña! lo que determina á los judíos para hacer morir á Jesucristo, es el haber resucitado un muerto despues de cuatro dias de enterrado; esto es, porque ha hecho el mas grande y el mas sorprendente de todos los milagros, y que únicamente podia obrar la omnipotencia de Dios. Es preciso quitarle la vida porque prueba invenciblemente que él es el Mesías prometido, y lo demuestra de un modo positivo con el mas admirable de todos los milagros. ¿Podian darse mas á conocer la pasion mas furiosa, la impiedad, la irreligion?

LA FESTIVIDAD DE LA COMPASION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Ó LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

EN muchas iglesias se celebra en este dia la fiesta de la compasion de la santísima Virgen, ó de nuestra Señora de los Dolores, que en algunas otras se celebra bajo el título de la fiesta de las Angustias de la santísima Virgen, y en otras bajo el de la fiesta de nuestra Señora de la Piedad. La parte que la santísima Virgen ha tenido en la pasion y en la muerte de su divino Hijo, en la que ha sentido de la manera mas viva todos los dolores que él ha sufrido, todos los oprobios de que él ha sido harto, todas las amarguras que han inundado su alma, todo esto ha dado ocasion á esta piadosa é interesante solemnidad. Celebrábase esta fiesta con mucha devocion en toda España, y es fiesta de obligacion desde que fué aprobada por el papa Clemente X: es muy célebre en la iglesia de París, y su oficio es muy selecto y muy propio de esta fiesta. El modo afectuoso y tierno con que los Santos Padres hablan de lo que interiormente padeció la santísima Virgen en todo el curso de la pasion de Jesucristo, que ellos llama-

man la pasion y martirio de la santísima Virgen, hace ver bastante la veneracion y la devocion singular que los fieles han profesado en todos tiempos á las amarguras de esta Madre alligida, las cuales han movido á la Iglesia á darle el glorioso título de Reina de los Mártires. La fiesta de la compasion de la santísima Virgen ó de nuestra Señora de la Piedad fué instituida ó prescrita el año 1423, en el concilio de Colonia, para reparar en alguna manera lo que los husitas habian hecho contra el honor y culto de esta bienaventurada Madre, contra la que, á ejemplo de los herejes de todos tiempos, habian vomitado mil blasfemias, condenando sobre todo las imágenes que representaban á la santísima Virgen con su Hijo muerto en los brazos despues de haberle desenclavado de la Cruz. Hásele dado á esta fiesta el nombre de compasion de la santísima Virgen, esto es, de la santísima Virgen compaciente, y como participante de todas las humillaciones y de todas las penas de su amantísimo Hijo, siendo, dice S. Bernardo, la pasion del Hijo al mismo tiempo la pasion dolorosa de la Madre. En algunas partes se le ha asignado á esta fiesta un dia fijo en el calendario, con el fin de hacer de ella una preparacion para celebrar la pasion de Jesucristo; se la ha colocado el 18 de marzo, ocho dias antes del 25, que es el dia en que se cree que el Salvador ha muerto. En otras partes se ha creído mas á propósito hacerla movable, y para darle tambien mas proporcion con la de su Hijo se la ha asignado el viernes que precede al Viernes santo. Tambien se ve en algunos lugares celebrarse la fiesta de las angustias de la santísima Virgen, ó de nuestra Señora de los siete Dolores, el sábado, víspera del domingo de Ramos, como dia de la semana singularmente consagrado á la devocion de la santísima Virgen.

Puédese tambien referir á este dia otra fiesta llamada de la pasion de la santísima Virgen, que era muy antigua en Oriente, y que se llamaba en Francia *Notre Dame de Pamoison*, esto es, nuestra Señora del Desmayo, que es poco mas ó menos la misma que la de nuestra Señora de la Piedad. El cardenal Cayetano testifica que en su tiempo se celebraba esta fiesta con mucha solemnidad, y aun con octava desde el domingo de Pasion hasta el domingo de Ramos. Todo esto hace ver los sentimientos de ternura, de reconocimiento y de veneracion que han dominado siempre en la Iglesia hácia las penas interiores de la santísima Virgen, inseparables de las del Salvador. En efecto, ella las ha padecido por causa nuestra, así como el mismo Salvador las habia aceptado por nuestro amor.

No puede dudarse de que la santísima Virgen estuviese per-

fectamente instruida acerca del misterio de nuestra redencion desde que fué constituida Madre del Salvador, y de que conociese todas sus circunstancias. Habiéndola elegido el Eterno Padre para Madre de su Hijo, le habia dado sobre este Hijo todos los derechos que una madre puede tener sobre su hijo. Era, pues, necesario que ella consintiese en su muerte y en su sacrificio por la salud de los hombres; este es el sacrificio que ella hizo de este Hijo amado, cuando fué por sí misma á ofrecerle al templo, en donde el profeta Simeon la predijo que la pasion del Hijo, seria al mismo tiempo la pasion de la Madre: este niño, la dice, está en el mundo para ser el blanco á la contradiccion; como si dijese, que los judios disputarian, en cierto modo, entre sí, por quien haria sufrir al Mesías mas afrentas y malos tratamientos, y que vendria á ser el objeto de su odio y de su crueldad: y tú misma verás traspasada tu alma con una espada, esto es, sentirás dentro de ti el dolor mas vivo: los ultrajes que se harán á tu Hijo, serán para tí como otras tantas cuchilladas que se clavarán en tu pecho. El dolor que sentirás será mas cruel que la muerte misma, y si no mueres con tu Hijo, será para morir tantas veces cuantas le viereis sufrir. Por nuestro amor consiente María en la muerte de su Hijo, y acepta todo lo que debe costarle la pasion y la muerte de este Hijo querido por la salud de los hombres: era, pues, muy justo que celebrando por espacio de quince dias la pasion y la muerte del Salvador de los hombres, hubiese á lo menos un dia consagrado para celebrar la pasion de la santísima Virgen, y todo lo que ha sufrido por nuestro amor, y he aquí el principal motivo y el objeto de esta fiesta.

No es posible comprender lo que la santísima Virgen ha sufrido durante la pasion y la muerte del Salvador, y todo por la salud de los hombres. *Era un mismo holocausto el de Jesus y el de María*, dice Arnaldo de Chartres (*De laudib. Virgin.*), *los dos se ofrecian á un mismo tiempo; María en la sangre, por decirlo así, que corria de su corazon, y Jesus en la sangre que corria de todas las venas de su cuerpo. El amor compasivo hacia en el alma de la Madre, lo que los clavos, los azotes y la lanza hacian en el cuerpo adorable del Hijo. La Virgen ha sufrido, añade, mas allá de lo que la flaqueza de su sexo y las fuerzas de la naturaleza humana pueden sufrir; porque estaba mas atormentada con los tormentos de su Hijo, que si ella misma los hubiese sufrido, en razon de que amaba mas que á sí misma, lo que era la causa de sus dolores. Los demás han sido mártires, dice S. Jerónimo, porque han muerto por Jesucristo; pero María lo ha sido mas*

que todos los demás muriendo con Jesucristo. María ha sufrido el martirio en su corazon, dice Ricardo de S. Victor (lib. 3. de laud. Virg.), y esta espada de dolor que ha traspasado su alma en la pasion de su amado Hijo, se le computa en lugar del mas riguroso martirio. En los otros mártires, dice S. Bernardo, el grande amor que tenian á Dios endulzaba el dolor que causaban sus tormentos; pero en la Virgen, al paso que ha amado mas, mas ha sufrido; su amor aumentaba sus dolores.

Fué tan grande el dolor que sintió la santísima Virgen, dice S. Bernardino de Sena, que si se hubiese repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, les hubiese causado la muerte á todas. Vuestro Hijo, Virgen santa, esclama S. Buenaventura, ha sufrido en su cuerpo, y vos en vuestra alma; pero todas sus llagas divididas en cada miembro de su cuerpo, se encuentran todas reunidas en vuestro corazon. ¡O dulcísimo corazon de María! ¿por qué te has convertido en un abismo de dolores? ¿Cuáles deben ser mis sentimientos de amor, de veneracion, de sensibilidad y de reconocimiento, considerando este santo corazon convertido en un mar de amargura y de ajeno? Con estos religiosos sentimientos de ternura, de admiracion y de reconocimiento han honrado los santos las penas y la pasion de la Madre de Dios, y con los mismos debemos nosotros honrarlas á ejemplo suyo.

La santísima Virgen ha parido á su divino Hijo sin dolor; pero no ha sido constituida Madre nuestra, sino, por decirlo así, en medio de los mas vivos dolores de la pasion y de la muerte de este mismo Hijo. En el Calvario, al pié de la cruz, entre los estragos, por decirlo así, del dolor mas vivo que hubo jamás, fué cuando el Salvador, espirando sobre la cruz, pronunció estas palabras: *He ahí tu Hijo; he ahí tu Madre*; y como S. Juan, dicen los Padres, representaba allí á todos los hombres, el Salvador declaró á todos, en la persona de su discípulo, que María era su Madre, y nos mandó á todos mirarla como tal, honrarla, amarla y servirla con toda la ternura, la confianza y el respeto que deben profesar á semejante Madre los que tienen la fortuna de ser del número de sus hijos.

«Dirijámonos al Salvador, dice el sabio y piadoso cardenal Belarmino (*De Septem. Verbis Dom.*), y llenos de confianza pidámosle encarecidamente con las lágrimas en los ojos que nos presente á su santa Madre, y que mostrándola á cada uno de nosotros la diga: *He aquí tu Hijo*; que nos diga en seguida á nosotros mostrándonos á la Señora: *He aquí tu Madre.*» ¡Qué dicha para nosotros el estar bajo de la proteccion de una Madre

tan poderosa! ¿quién será capaz de arrancarnos de sus brazos? ¿qué tentacion, qué adversidad podrá abatirnos mientras la Madre de Dios tuviere la bondad de sostenernos? No seremos los primeros á quienes ha favorecido con su asistencia en las necesidades mas urgentes. De cuantos la han invocado antes de nosotros ¿se ha encontrado uno solo que tuviese motivo de quejarse porque le haya despachado sin alivio? Todos han experimentado cuan dulce y ventajoso es el tenerla por Madre. *Ella ha quebrantado la cabeza de la serpiente antigua*, y los que confían en ella *caminan con seguridad sobre el áspid, sobre el basilisco, sobre el leon, y sobre el dragon.*

Veamos lo que dicen los santos, los cuales pueden justamente contarse entre aquellos á quienes el Salvador ha dicho, como á S. Juan, *he ahí tu Madre.* Comencemos por S. Ephren, diácono de Siria, padre muy antiguo y tan célebre, que, como escribe S. Jerónimo, después de haberse leído los libros sagrados, se leían los suyos públicamente en la asamblea de los fieles. Este santo hombre, este gran siervo de María, Madre de Dios, en un excelente elogio que hace de ella, dice que no hay mancha en ella, y es del todo pura, que es Reina del universo, y que los que se ven tentados de la desesperacion pongan en ella su esperanza: después dirigiéndose á la misma Señora: « Vos sois, dice, un puerto seguro para los que se hallan combatidos de las borrascas; vos consolais á todos; los prisioneros y los cautivos os deben su libertad; vos protegeis á los huérfanos, alegrais á los enfermos, y puede decirse que ninguno se ha salvado sin vos. Cubridme con vuestras alas, añade, tomadme bajo de vuestra proteccion y tened compasion de mí, que no soy mas que lodo y basura. Y concluye en fin con estas palabras: He aquí lo que constituye todo el motivo de mi esperanza, ó Virgen purísima: yo os saludo, paz, alegría, y salud de todo el universo. O Reina del mundo, dice S. Juan Damasceno, admitid la súplica de un pecador, que por mas pecador que sea, no deja de amaros tiernamente, y de honraros como aquella de quien espera su consuelo, á quien espone toda la conducta de su vida, por quien espera entrar en la gracia de vuestro Hijo, y cuyo favor mira como una prenda de su salud.»

«Añadamos á estos dos padres griegos dos padres latinos, continua el mismo sabio cardenal; S. Anselmo en un libro compuesto ex profeso, sobre las grandezas de la Virgen, dice estas palabras: Aquellos á quienes Dios ha hecho la gracia de que piensen con frecuencia en ella y la amen tiernamente, tienen, á mi parecer, una gran señal de su predestinacion y de su salva-

cion. S. Bernardo no cede á nadie en amor y devocion á la santísima Virgen; veamos como habla: Considerad bien, dice, qué amor, qué devocion á Maria quiere inspirarnos aquel que ha puesto en ella la plenitud de todo bien. Su intencion es que reconozcamos que en ella tenemos nuestra esperanza, nuestra santificación, y por decirlo así, nuestra salvacion. Empléemonos, pues, añade, con todo el afecto, y con todos los deseos de nuestro corazon, en honrar á la incomparable María, porque así es la voluntad de aquel que ha querido que todos los bienes que gozamos los obtengamos por ella. Queridos hijos míos: esta es la escala por donde los pecadores suben al cielo, este es el grande apoyo que yo tengo (después de Jesucristo), este es todo el sosten de mi esperanza. Las dos mayores lumbreras de la escuela, Sto. Tomás y S. Buenaventura, animados de un mismo espíritu, no tienen otros sentimientos. María, dice el primero, es bendita entre todas las mujeres, porque ella sola ha alejado la maldicion, ha traído la bendicion, y ha abierto la puerta del cielo. (*Opusc. 1. de Salut. Angelica.*) Así como todos aquellos; ¡ó bienaventurada Madre de Dios! esclama S. Buenaventura, así como todos los que se alejan de vos, ó á quienes mirais con ojos desdeñosos, no pueden dejar de perecer; así todos los que se acercan á vos, y á quienes mirais con ojos favorables, no es posible que perezcan. (*In Pharetr. lib. 1. cap. 5.*) De todo lo que queda dicho, concluye el sabio cardenal, puede concluirse que la devocion á la santísima Virgen no es de las menores señales de predestinacion, porque es imposible que perezca un hombre de quien el Salvador ha dicho á su Madre: *he ahí tu Hijo*, y que ha recibido con grande afecto de gratitud y de amor esta otra palabra: *he ahí tu Madre.*»

(Véase la Dominica 14 después de Pentecostés, y la historia de los siete Siervos de María, dia 11 de febrero.)

En toda España, en la iglesia de París, de Colonia, y en otras partes, en donde se celebra en este dia con mas solemnidad la fiesta de la compasion ó de los dolores de la santísima Virgen, la Epistola de la misa está tomada de las Lamentaciones de Jeremías, en aquel pasaje en que la ciudad de Jerusalem representa al Señor su estrema afliccion, y la amargura en que está sumergida, sin que nadie esté en estado de consolarla, ni aun se digne únicamente tener compasion de ella.

El Evangelio que se lee en la misa de esta festividad contiene la historia de lo que pasó en el Calvario al tiempo de la muerte de Jesucristo, cuando este divino Salvador recomendó su discípulo amado á su Madre que estaba al pié de la cruz, y su Madre